

rigor mantenido, lo cual no es dable a un individuo solo, por preparado que esté, sino a muchos durante muchos años.

He aquí, a lo que se me alcanza, la grandeza y miseria de este libro: se enfrenta con escasas armas y con bagaje comedido, aunque con meritorias agallas, a un coloso que, por serlo, al cabo sigue pavoneando su indócil colosalidad.—JOSE MARIA BALCELLS (*Miguel Angel*, 109, 3.º, 2.ª BARCELONA-28).

LA REVUELTA ANTIESPAÑOLA EN NAPOLES: UN NUEVO ENFOQUE

ROSARIO VILLARI: *La revuelta antiespañola en Nápoles. Los orígenes (1585-1647)*, Madrid, Alianza Esditorial, 1979, 292 págs.

Toda investigación histórica presenta una serie de problemas que sólo pueden ser comprendidos si se atiende a la oposición dialéctica entre la reconstrucción del tiempo corto, agitado, integrado con frecuencia por sucesos aparentemente decisivos, y el tiempo histórico largo, aquel en el cual se consume el deterioro o la consolidación de las pautas estructurales que caracterizan una época. El trabajo de Rosario Villari, enfocado desde un punto de vista político-institucional, se inscribe en el curso de «la crisis económica europea y la evolución del estado en el siglo xvii». Esta inserción del estudio de los acontecimientos de la Italia meridional, y más concretamente, de Nápoles, en el contexto de la crisis del siglo xvii en Europa, permite a Villari superar lo anecdótico, profundizar en el proceso insurreccional de 1647, indagar el origen de sus tensiones y ofrecer una nueva lectura de su significado histórico.

El método escogido—un análisis del conjunto con perspectivas muy amplias—permite operar sobre una visión totalizadora de la historia del virreinato, exponiendo los elementos que diferencian estructuralmente a Italia meridional de la Europa en expansión atlántica. Es necesario subrayar asimismo que la obra nos presenta un modelo de investigación en tres planos de trabajo que se interpenetran sin dificultad. Uno de ellos, constituido por el análisis de las relaciones virreinato-monarquía, se interna en la trama histórica sobre la que se van instalando los elementos que conducirán al desencadenamiento de la revuelta; un segundo plano está conformado por la articulación de la crisis económica y su incidencia en las estructuras políticas; el tercero sigue las líneas

del movimiento opositor en el seno del virreinato y la transformación de su mentalidad.

Un balance de los factores que precipitan la revuelta antiespañola pasa por la consideración del rápido aumento de la deuda pública, la incidencia creciente de la presión fiscal y el papel cumplido por el reino de Nápoles en las empresas militares de la monarquía. La política impulsada por el conde-duque de Olivares, por ejemplo, provocó episodios reveladores de las tensiones existentes con las autoridades locales. Se procuraba, claro está, obtener un fortalecimiento del poder central en instancias críticas para el Estado español; pero este ensayo, en el caso de Nápoles, resultó dañoso por la poco feliz actuación del virrey, que lesionando las autonomías alteró un equilibrio que servía eficazmente los intereses de España. Por otra parte, no siempre le fue posible a la justicia real imponer sus normas a los poderosos señores feudales. En definitiva—anota Villari—, la presencia de la autoridad española no pudo garantizar un apoyo eficaz a las autoridades municipales, y esto revelaba una debilidad importante, que se extendía al campo de la hacienda pública, puesto que muchas veces debieron contar con el compromiso tácito de los barones para hacer efectivas las recaudaciones.

El signo más revelador de que se aproximaban tiempos difíciles para los españoles en Nápoles fue, sin duda, la revuelta de 1585. La turbulencia urbana que la caracterizó estuvo dinamizada por una sensible reducción en los salarios, puso en evidencia ciertas manifestaciones antiespañolas e hizo visible, asimismo, la existencia de una corriente popular susceptible de transformarse en una fuerza considerable. En rigor, también contribuyeron al estallido de la revuelta las noticias que llegaban de Flandes. El grueso de las reivindicaciones estuvo dirigido, sin embargo, hacia problemas inmediatos; existió, no obstante, un hombre en ese período cuya actividad y concepción de la sociedad pudo conferir otras connotaciones a un levantamiento: era Tomasso Campanella. Aunque estrictamente hablando el nuevo orden que éste anunciaba sólo fue esbozado en el plano utópico, este hecho alertaba, pese a todo, sobre una mutación a nivel de mentalidades.

Pese a los hechos anotados más arriba, en opinión del autor no existían fuerzas capacitadas para realizar una conjunción de voluntades sobre la base de un programa unificador. Será entonces la crisis financiera, en estrecha correspondencia con el creciente malestar de la nobleza, el factor que repercutirá intensamente alimentando la oposición de los años cuarenta. Cuando los comerciantes y prestamistas napolitanos sacaron partido de las penurias económicas del reino—que coincidían con las que soportaba el Estado español durante la guerra de los Treinta Años—y acrecentaron sus fortunas, buscaron asegurarse sus

privilegios por la adquisición de señoríos. Se acentuaban de esta manera las transformaciones en el sector de la aristocracia terrateniente, y los nobles achacaron ese estado de cosas a la ineficacia administrativa de las autoridades virreinales. En esta coyuntura, y puesto que no podía impedir totalmente el ascenso de los grupos más acomodados de la burguesía, la nobleza buscó limitar su ingreso al orden feudal.

Abordando el estudio de la mentalidad aristocrática, Villari nos describe cómo ésta comienza a desplegar sus componentes más reaccionarios aferrándose a una concepción estática de la sociedad que implicaba, en definitiva, una descalificación de los recién llegados. Todo esto requería una justificación histórica, y ella será encontrada apelando a la tradición. Surge entonces: «una polémica viva y constante que opone a la aristocracia tradicional frente a la de reciente creación». Conflicto éste característico de toda la Europa del siglo xvii. «Y no se trata ciertamente de un choque frontal entre fuerzas antitéticas, sino del aspecto formal de un proceso de asimilación, crecimiento y modificación de las clases dominantes.»

Con prolija reconstrucción histórica del período 1636-1646, el autor pone de relieve que todos los sectores sociales acusaron los efectos de la crisis financiera que precedió a la sublevación. La nobleza, al resistir ser integrada en el aparato administrativo del Estado, impidió, a la vez, el despliegue de los elementos típicamente urbanos y utilizó, posteriormente, el poder que detentaba en el campo para incidir en la capital como factor político. Precisamente, la conclusión de Villari con respecto al estallido antiespañol de 1647 abre nuevas perspectivas para la reflexión histórica. A pesar de que la iniciación de la revuelta se produjo en la ciudad de Nápoles—afirma—, el foco de la insurrección se alimentaba en las zonas rurales: «De hecho, la guerra que en 1647 y 1648 azotó la Italia meridional fue, en sus rasgos esenciales, un conflicto campesino, quizá el de mayor ímpetu y más vastas proporciones conocido por la Europa occidental durante el siglo xvii». La investigación ha sido realizada con el apoyo de una considerable masa documental, utilizada con rigor científico, y nos ofrece nuevos enfoques sobre la historia del virreinato español en Nápoles durante un período complejo, sin duda, pero cuya perspectiva ha sido frecuentemente distorsionada.—*M. M. D.*